

A pesar del enorme número de implicados, no parecen existir demasiadas posibilidades de que algún día se efectúe una reconstrucción histórica precisa de una represión que se prolongará a lo largo de los cuarenta. En términos cuantitativos, por la ausencia de estadísticas directas (hay que establecer las hipótesis sobre los datos demográficos generales y sobre la población penal), y en el orden cualitativo, por las escasas posibilidades que tuvieron los afectados de hacer oír su voz en los años de posguerra. El testimonio impreso más próximo, el semanario "Redención", nos hace llegar sólo la versión manipulada de unos rojos devueltos en su estancia en prisión a la ciudadanía gracias al trabajo, la formación religiosa intensiva y el adoctrinamiento a golpe de himno y de arenga en los principios falangistas del Nuevo Estado.

De ahí el interés excepcional de los relatos autobiográficos que en los últimos años han comenzado a ver la luz. Entre los mismos, destacaríamos los dos libros de Eduardo de Guzmán, "El año de la victoria" (1974) y "Nosotros, los asesinos" (1976), que ha publicado sucesivamente el editor G. del Toro en su colección de "Memorias de la guerra española". Eduardo de Guzmán, periodista libertario que llegó a dirigir en la guerra "Castilla Libre", formó parte, primero, de la masa de republicanos que en los muelles de Alicante esperaron una posible evacuación, pasando más tarde a los campos de los Almendros y de Albaterra, de donde fue trasladado a Madrid en el verano del 39. Tras permanecer varios meses en lugares de detención improvisados en la capital, fue condenado a muerte —la *pepa* del lenguaje familiar entre los procesados republicanos—, y en esta situación aguardó cuatrocientos ochenta y nueve días su ejecución, presenciando una noche tras otra las sacas de quienes se hallaban en sus mismas condiciones. Hasta que, finalmente, vio conmutada la pena capital en una condena de treinta años.

Al describir esta secuencia trágica de la prisión y la muerte —compartida por tantos otros

protagonistas citados y anónimos—, resalta el distanciamiento que ha sabido conferir Eduardo de Guzmán a su relato. En sus páginas no encontramos la sucesión, habitual en otros textos similares, de individuos bondadosos y perversos o las reflexiones gratuitas sobre la condición humana. Desde el hambre, que preside las primeras jornadas del "año de la Victoria", hasta la muerte, que va arrancando uno tras otro los eslabones de la colectividad vencida, el recorrido sirve para mostrar un proceso deliberado de destrucción progresiva, en el cual, cada fase, cada comportamiento, e incluso cada monstruosidad, encuentran su lugar y su significación. "Relato los hechos —nos dice Eduardo de Guzmán en su 'explicación preliminar', a 'Nosotros, los asesinos'— conforme sucedieron, con precisión de nombres, fechas y lugares; sin acentuar su dureza, antes atenuándola, para impedir que pueda exceder de la credulidad de muchos. Es posible que aun así haya quien se resista a creer posible lo que cuento. Nada habría resultado más grato para mí que no lo hubiera sido; desgraciadamente, lo fue para unos pocos supervivientes y especialmente para quienes murieron antes que se desvaneciera la dantesca pesadilla".

Pero no se trata sólo de una visión derivada de la angustia personal o de un descenso a los infiernos. En la crónica de sus prisiones y de su prolongada espera de la muerte, Eduardo de Guzmán nos entrega un testimonio decisivo para comprender la España surgida de la derrota republicana de 1939. ■ ANTONIO ELORZA.

CANCION

Orgón y Pablo Guerrero: una simbiosis

El día 24 de marzo, Pablo Guerrero presentó en el teatro



Pablo Guerrero, o el testimonio de lo cotidiano.

Alfil, de Madrid, las canciones que componen su nuevo álbum, "Porque amamos el fuego" (1). Este álbum está realizado a partir de una renovación total del estilo y del pensamiento musical del cantautor castellano, que parece haberse dado cuenta de que ahora no basta solamente con componer canciones dotadas de intencionalidad textual y acompañadas por una musicación simple, y ha decidido, con prudencia, dar mayor importancia a la parte instrumental. Para ello, se ha hecho acompañar de músicos de calidad, que apoyan con eficacia los textos; éstos, por su parte, no han perdido nada de su intencionalidad: Guerrero es un poeta —un poeta menor, si se quiere, pero poeta, en suma— que da testimonio en sus canciones del acontecer cotidiano, de la importancia de la vida diaria.

El espectáculo estuvo dividido en dos partes; la primera corrió a cargo del grupo de "jazz" Orgón, que hacían también su presentación en el Alfil. Para quienes, como yo, no conocíamos la obra de este conjunto, su labor resultó una agradable sorpresa: se trata de un conjunto de "jazz", el primero que he visto en nuestro país que no hace concesiones a la sofisticación confusa de los seguidores despistados del "free". Su música no sigue la moda y tiene mucho que ver con el "jazz" de los últimos cincuenta. Las dos guitarras eléctricas y los teclados no resultan discordantes ni ocupan el papel de "vedette", y se funden armoniosamente con

(1) "Porque amamos el fuego" está editado por Movieplay.

el sonido de los instrumentos de viento, muy bien utilizados. Además de todo esto, se nota que los componentes del grupo lo pasan bien tocando, se divierten realizando su tarea, y esta es una condición indispensable para conseguir divertir también a los espectadores. Orgón debía tocar tan sólo unos diez o veinte minutos, pero actuaron de hecho durante más de tres cuartos de hora. Fueron muy aplaudidos al final, a pesar de que su actuación resultó algo desconcertante para muchos.

Tras un cuarto de hora de intermedio, se presentó Pablo Guerrero, acompañado por Pedro Guerrero (de Pedro y Ana) a la guitarra, y por Pablo —también de Pedro y Ana— al contrabajo; otros tres miembros de Orgón le apoyaban tocando contrabajo, flauta y batería. Pablo Guerrero interpretó sus últimas grabaciones, siendo muy aplaudido. Al final, y a petición del público, repitió dos canciones: "Ven, Alberti" —dedicada al poeta andaluz— y "A cántaros", una de sus canciones más conocidas. ■ E. HARO IBARS.

Paco Ibáñez y la canción política

A Paco Ibáñez es fácil encontrarlo en un pequeño café de la rue Delambre, de París. Al lado mismo viven su hermano y su madre, una vasca cordial con la mesa siempre puesta para los amigos del hijo. Y la verdad es que los amigos de Paco Ibáñez



Paco Ibáñez: "He cantado al pueblo."

son incontables, tanto por lo que canta y el modo de cantarlo, como por su actitud humana, tremendamente cordial y en absoluta coherencia con su proyección artística. Quizá alguien piense que estas son observaciones marginales, que tienen poco que ver con los valores de Paco Ibáñez como autor y como cantante. Por mi parte, creo que si la armonía entre la personalidad pública y la privada es una de las raíces de cualquier creación convincente, en el caso de un hombre con la significación de Paco Ibáñez, tal armonía es éticamente exigible y necesaria. Porque todo compromiso social, antes que en la palabra y aun en la esporádica acción política, empieza en el modo de vivir, en la suma de compromisos que entraña el planteamiento de las relaciones cotidianas.

Cuando hablé con Paco Ibáñez estaba a punto de salir con el Cuarteto Cedrón para dar un recital en una ciudad del Sur de Francia.

—¿Cuándo cantas en España?

—No lo sé. Ni sé tampoco si podría hacerlo ahora de un modo regular. En todo caso, es evidente que a mí me gustaría, aunque pienso que debo dejarlo para más adelante.

—¿Por qué?

—Temo que ahora, por lo que me dicen, mi presencia sería inútil. Yo creo que los cantantes estamos comprometidos con determinadas banderas —como todo el mundo—, pero que somos artistas, y no las banderas mismas. Quiero cantar para que me escuchen, para intentar proyectar una serie de cosas, y eso puede resultar casi imposible en una determinada atmósfera. No creo que un cantante pueda sustituir —y si crea esa ilusión, tanto peor— al discurso ni al acto específicamente políticos.

—Pero muchas de tus canciones contienen una carga precisa...

—Yo he cantado al pueblo, he cantado al futuro, pero también he cantado a la flor. Me gustará cantar en España cuando nadie me empuje ni se quede con uno solo de mis temas. No creo en los "slogans" con música. Ese tipo de relación está fuera de los propósitos de un cantante. Uno, lo que quiere es proyectar la complejidad, que se valore la letra y también la música; establecer

los compromisos a través de la comunicación de la obra, y no de apriorismos suscitados por la simple presencia física... Todo ello, claro, salvo casos y circunstancias muy excepcionales.

Las ideas de Paco Ibáñez al respecto son tajantes. Rechaza convertirse en el motivo de cualquier desahogo emocional de la pequeña burguesía progresista. En un orden análogo se expresa Tata, del Cuarteto Cedrón. Luego, en el "foyer" del teatro D'Orsay, hablando con Isabel y con Angel Parra, nos sale el mismo tema, esta vez referido a la canción chilena. Inútil cualquier precisión sobre la línea política de ambos hermanos. Los dos están en la memoria de los días claros y los días negros de Santiago; los dos evocan en sus recitales de la pequeña sala de D'Orsay la esperanza y la tragedia de Chile. Hablamos de la realidad latinoamericana, de los errores de un análisis que estableció ciertas "exigencias ideológicas" al margen de las posibilidades reales del proceso económico-político. Y nos repetimos —cuando Pinochet manda en Chile y París está lleno de exiliados de toda Sudamérica— que un cantante, como cualquier artista, sólo es revolucionario si renuncia a las "falsas ilusiones", a los consoladores "slogans", para transmitirle al público una conciencia —o un sentimiento, que es bien pronto conciencia— lo más rica posible de lo real. En cuyo intento entra, obviamente, la pérdida de cualquier simplificación. ■ JOSE MONLEON.



Elisa Serna: soñar la libertad

El segundo disco de larga duración de Elisa Serna (1) puede sorprender a todos los que

(1) Elisa Serna. "Brasa viva". Le Chant du Monde. Edigsa EDX 73306. Arreglos: Jordi Vilaplanyó y Carles Bolderi.



Elisa Serna, el palpito caluroso de lo próximo.

tienen de la cantante una imagen estereotipada y estrecha. Para los que piensan que ella únicamente sabe o puede cantar composiciones políticas en primer grado, inmediatas como látigos. Sin embargo, he aquí "otra faceta de Elisa Serna": estas composiciones de amor y de vida. Está fuera de lugar esa supuesta divergencia de sus trabajos, puesto que, en este momento, el amor y la vida presentan unas aristas absolutamente políticas y sociales para cualquiera que se plantee con un mínimo de seriedad estos problemas. Y Elisa lo hace.

La mayor parte de las canciones de "Brasa viva" son de la propia cantante, que extiende así su labor total como artista del verso y de la música. Hay, asimismo, contribuciones en forma de canciones por parte del norteamericano —y semidesconocido entre nosotros— Tom Paxton, del cubano Noel Nicola e, igualmente, de los compatriotas Manuel Machado, Antonio Gómez y Gregorio López de Irausegui. Todo ello compone un mosaico de opciones que no se separan, sino que se complementan, complementan y funden

totalmente en el crisol de la voz de Elisa, una voz, por cierto, que gana prestancia y calidad de día en día.

El disco, a pesar de todo lo dicho y del valor que atesora, deja de ser plenamente satisfactorio. Las intenciones están por encima de los logros, y esto no es nuevo en Elisa, ni tampoco en la canción castellana. Una hermosísima canción, como es "Compañero" —posiblemente, la más bella letra que haya compuesto la cantante—, tema de amor, comprensión y solidaridad con el hombre amigo, es tratada instrumentalmente con un exceso de barroquismo experimentalista que estaría mejor en otros temas y no en éste, que está pidiendo a voces un arreglo simple, directo, íntimo y humilde, tal y como Elisa lo ha cantado tantas veces en directo hasta hacer temblar de emoción. Aquí ese "climax" no se logra, y es una auténtica desgracia. Por otra parte, algunos otros textos no están a la altura de las circunstancias, por excesivamente pretenciosos o, simplemente, por poco matizados. El poder de sugerencia desaparece en canciones como "La hora cero" o "Canción de cuna para Eva", con citas excesivamente forzadas a Cristo, Marx o Mao (!).

Los mejores momentos del álbum radican precisamente en "Brasa viva", donde se conecta perfectamente con sonoridades flamantes tan cercanas a nuestra sensibilidad y a nuestro acervo, o bien en el intimismo poético de "Incomunicación" y "Maldita sea mi suerte" (el tema extraído de unas coplas populares machadianas), donde se vuelve a sentir el palpito caluroso de lo próximo, restituido y devuelto tras tantos años de olvido o desprecio. Y no me refiero exclusivamente a unos versos, sino más bien a todo un soporte sonoro que les acompaña y hace vibrar.

Carlos Castilla del Pino hace una breve presentación del LP, y escribe que en él, Elisa Serna canta y sueña la libertad, "entre otras cosas para el amor". Y es que, efectivamente, sin libertad es raro que un amor pleno se pueda dar. De ahí que en absoluto sea inconsecuente el que la cantante más prohibida de España haya reparado ahora en una temática tan humana como urgente. ■ ALVARO FEITO. ▶